

---

Cuentos inolvidables  
de Juan Bosch



## CUENTOS INOLVIDABLES DE JUAN BOSCH

© Del texto: Juan Bosch

© De esta edición:

2012, Santillana

Juan Sánchez Ramírez No. 9, Ens. Gascue

Santo Domingo, República Dominicana

Teléfono 809-682-1382

Las sedes del Grupo Santillana son:

Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Chile,  
Ecuador, El Salvador, España, Estados Unidos, Guatemala,  
Honduras, México, Panamá, Paraguay, Perú, Portugal,  
Puerto Rico, República Dominicana, Uruguay y Venezuela.

ISBN: 978-9945-19-559-0

Impreso en Perú

© Ilustración de portada: Paolat De la Cruz

Primera edición en Alfaguara: junio 2012

Tercera reimpresión: junio de 2018

Cuarta reimpresión: mayo de 2020

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por un medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo escrito de la editorial.

# Cuentos inolvidables

---

## de Juan Bosch

Selección, prólogo y notas de  
**Melania Emeterio Rondón**  
con la colaboración de Miriam Veliz



## ÍNDICE

<i>Prólogo: REALISMO, DENUNCIA Y SENSIBILIDAD</i>	
EN LA CUENTÍSTICA DE JUAN BOSCH.....	9
TEMA .....	10
ESTILO .....	12
¿POR QUÉ ES NECESARIO LEER A JUAN BOSCH? .....	14
EN UN BOHÍO .....	17
LA PULPERÍA.....	23
DOS PESOS DE AGUA .....	31
SAN ANDRÉS .....	45
LA NEGACIÓN.....	51
LA DESGRACIA .....	57
EL FUNERAL .....	65
UN NIÑO.....	75
LA NOCHEBUENA DE ENCARNACIÓN MENDOZA .....	81
GUARAGUAOS.....	95
TODO UN HOMBRE .....	111
EL ABUELO .....	121
<i>Ñapa: LA MUJER</i> .....	129
COMENTARIOS A LOS CUENTOS .....	133
<i>En un bohío</i> .....	135
<i>La pulpería</i> .....	139
<i>Dos pesos de agua</i> .....	143
<i>San Andrés</i> .....	147
<i>La negación</i> .....	151
<i>La desgracia</i> .....	155
<i>El funeral</i> .....	159
<i>Un niño</i> .....	163
<i>La Nochebuena de Encarnación Mendoza</i> .....	167
<i>Guaraguaos</i> .....	171
<i>Todo un hombre</i> .....	175
<i>El abuelo</i> .....	179



*Prólogo*

REALISMO, DENUNCIA Y SENSIBILIDAD EN  
LA CUENTÍSTICA DE JUAN BOSCH

**J**uan Bosch, el literato, el hombre sensible, el observador empedernido, el profesor, como muchos lo llamaban, ha dejado un legado inmenso en la literatura dominicana: ensayos, novelas y más, pero es en los cuentos donde encontramos sus mayores aportes, porque él es —sí, “es”, en presente, aunque su vida corpórea se haya extinguido— un maestro en materia del arte de escribir cuentos. ¿Qué es lo que marca la diferencia? ¿Cuáles son sus características? Para entenderlo hay que iniciar el estudio de los cuentos desde dos ángulos: enfocar el tema por un lado, y la técnica, la forma, por el otro. En ambos, y a través de un fuerte realismo, Bosch dejó muestras de su honda sensibilidad, su interés en el ser humano como ente independiente y como ser social.

Esta inclinación, notoria tanto en la observación del ambiente como en la elección y exposición de los hechos sociales, se presenta desde un enfoque realista/criollista que establece una relación de identidad con lo propio, especialmente con el mundo rural, desde el cual Bosch introduce asuntos de notable denuncia social que abarcan diversidad de temas. Claro, es lógico si partimos de

su opinión sobre este género literario: en “Apuntes sobre el arte de escribir cuentos”, él los define como “el relato de un hecho que tiene indudable importancia” y enfatiza que si el “meollo” no dice nada importante, lo que escribió el autor es cualquier otra cosa, pero no un cuento.

¿Significa eso que Bosch utilizaba el cuento como una herramienta para un fin más allá de lo lúdico? Es indudable que, sin descuidar el disfrute, el placer que nos lleva a leer, Bosch mantiene fines didácticos: consciente de cuánto influye el cuento en el desarrollo de la sensibilidad general, lo usó para sembrar ideas, para abrir los ojos a una realidad que está lejos de ser perfecta, cuyos males persisten y de los que todavía nos quejamos en la actualidad. Salvando las distancias, su mensaje sigue presente para quienes lo saben ver, de modo que mientras nos refleja estampas del pasado, habla de nuestro presente quizá intentando, con su denuncia, que cambiemos la historia de cara al futuro.

## Temas

La pobreza extrema en el campo, expresión de la injusticia social, el abuso de poder, la ignorancia y la explotación frecuentan las páginas de los cuentos de este autor. Estos asuntos se unen al tema de la violencia individual, esa forma de violencia personalizada que arrastra problemas pasionales, casi siempre relacionados con una mujer, especialmente por el impacto del machismo y las ideas del honor —o la honra, que se violenta con la infidelidad—, con la falta de medios para una vida decente, con rivalidades masculinas o con otros tópicos. Por la

insistencia en esta clase de cuentos, es inevitable ver su narrativa, que deja una estela de muertes crueles, como una de violencia descarnada, que responde únicamente al imperativo del ego expresado en un machismo exacerbado. Lo que no deja de ser un contraste con lo apacible de la atmósfera campestre cibaëña.

Pero esa violencia no es exclusiva de los seres humanos, la fuerza de la naturaleza también es una presencia bastante frecuente en la ficción de Bosch. Si bien no está en los cuentos como tema, aparece como amenaza, no como bienestar. Torrenciales aguaceros que en ocasiones se tornan en diluvios, se convierten en castigos para los pobladores ya devastados por la pobreza, un ingrediente que acentúa las precariedades materiales y la lucha por la supervivencia. En principio, daría la impresión de que la naturaleza conspirara contra la alegría, la paz y el progreso. La sequía, los aguaceros y los vientos surten todos por igual un efecto destructor. Y es que la fuerza de la naturaleza, indomable, se funde en sus historias, al punto de presagiar eventos vitales de tal magnitud que se comparan o incluso superan los estragos del fenómeno natural que los acompaña.

Otro tema ineludible en los cuentos de Juan Bosch, y asociado al anterior en cuanto al género de la víctima, es el de la mujer: sus estrecheces materiales y la violencia intrafamiliar, algo que le otorga actualidad, ya que ambos están entre los grandes problemas que enfrenta la sociedad hoy día. En sus cuentos, el drama del abuso físico y de todo tipo hacia la mujer, asunto casi siempre visto como algo privado, se hace público, es denuncia de la que se hace eco, por lo que adquiere mayor relevancia.

¿Cómo presenta Juan Bosch a la mujer? Si bien es cierto que varios de sus cuentos hablan de ella, en la mayoría de estos es un ser en franca de ventaja. Su presencia es anónima, circunstancial, intrascendente, sin nombre; una persona sufriendo que sucumbe ante la violencia o es azotada por la pobreza extrema que la lleva al límite de lo dramático. Hay un cuento en que esto cambia, pero incluso en ese caso, cuando le otorga voz y presenta una mujer con iniciativas y decisiones propias, aparece una eventualidad o circunstancia que la aplasta. Parece decir que una mujer que lucha sola, sin marido, con una carga de niños y niñas, no tiene posibilidades de superar esa condición en el ambiente rural que le toca vivir. Esta apreciación bien puede interpretarse como reflejo de la época en que vivió Bosch.

¿Qué más se observa en él? Que define los personajes tanto por su momento histórico y su condición económica, como por sus ideas. Lo que narra podría estar ocurriendo en un campo de cualquier otra parte del mundo con situaciones de pobreza y abandono, pero es la filosofía de vida de los protagonistas la que marca el curso de la acción.

Es interesante ver cómo temas “repetidos”, que por ese motivo en otras manos carecen de magia, pueden, en las suyas —gracias a su estilo e inteligencia intuitiva incluso—, transformarse en algo digno de leer, interesante, en los que la acción domina, los personajes arrastran, las circunstancias golpean al lector.

## **Estilo**

En cuanto al aspecto formal de sus cuentos, hay en la narrativa de Juan Bosch características bien marcadas,

de las cuales las más notorias son el realismo con que son abordados los temas y el persistente empleo de la descripción, con la que hace más transparente la realidad circundante, más específico el contacto con las cualidades de lo narrado. Estos recursos formales y el estilo utilizados son la razón por la que este autor ha sido considerado un maestro del cuento.

Mencionamos una serie de características frecuentes en la escritura de Juan Bosch:

- Uso de recursos literarios, figuras retóricas como la metáfora, el símil, la reduplicación (alguna vez lingüística, pero mayormente como figura retórica), la enumeración.
- Riqueza lexical que no interfiere con la sencillez y en la que a menudo se ve prosa poética.
- Uso de lenguaje con identificación sociocultural de ambiente, época y personajes. Directo, sin ambigüedades, pero en el que la ironía está presente.
- Predominio del ambiente rural y todo lo que esto supone: costumbres, fauna, flora y creencias. Resalta por sus descripciones tan precisas que te permiten “ver”, como si tuviera un ojo cinematográfico.
- Dramatismo y verosimilitud que atrapa y conmueve, tanto en la creación de una ambientación cargada de expectativa y conmoción, como en la humanización de sus personajes.
- Uso abundante del recurso de la retrospectión.
- Identificación con las fuerzas de la naturaleza, específicamente con los fenómenos climatológicos, y desde ese enfoque, con la tierra y el universo.

Los rasgos que distinguen la obra de Bosch son los que hacen de este autor una figura de relieve y un referente importante en el conocimiento profundo de la lengua, y en el arte y cultivo del buen decir.

### **¿Por qué es necesario leer a Juan Bosch?**

Juan Bosch es considerado como uno de los representantes más elevados de la literatura dominicana, caribeña e hispanoamericana, dentro de la cual se le reconoce como maestro de la narrativa. Muchos de sus cuentos están presentes en antologías dominicanas y de diversos países y han sido traducidos a otros idiomas.

Su producción literaria abarcó además del cuento, la novela y el ensayo (literario, sociológico, histórico y político), y en todos ellos se percibe al maestro, pero es en los cuentos donde además se halla el culto a la belleza, no de temas, quizá, pero sí de ritmo, de imágenes, de palabra.

Su dedicación intensa a la creación del género le llevó a concebir el ensayo “Apuntes sobre el arte de escribir cuentos” donde están incluidas las técnicas con que debe ser producido dicho género. Este estudio es un referente importante para quienes se dedican a escribir cuentos ajustándose a criterios y normas ya concebidas.

Pero al margen de estilos y técnicas, que son sólo herramientas hambrientas de un alma, de un espíritu inquieto que las sepa utilizar, leyendo a Bosch, conociendo su historia y bebiendo “la medicina”, generalmente amarga, que nos traen muchos de sus cuentos, podemos

soñar con una patria distinta, más equitativa, educada y respetada interior y exteriormente, un país con mejor distribución de bienes y servicios y acceso a todo lo necesario para vivir con dignidad. Para Bosch, la sensibilidad social no podía separarse de la literatura.

Por eso vale la pena leer a este autor. Conocer y entender a Bosch, referente literario de alto calibre, espejo de una realidad difícil, persona que se atreve a hacer público lo privado, a denunciar nuestros males y sus posibles consecuencias, a confrontarnos duramente sin perder la elegancia, es entrar en contacto con un referente de carácter ético, modelo de ser humano y militante político, cuya laboriosidad, esfuerzos e iniciativas a favor de cambios sociales y políticos para el país lo llevaron a formar organizaciones políticas.

La presente selección, tomada de *Cuentos escritos antes del exilio*, *Cuentos escritos en el exilio* y *Más cuentos escritos en el exilio*, ha sido pensada con un criterio en que prima la presentación de valores fácilmente identificables, así como que en las historias se vean reflejadas las características que lo identifican, tanto en temas como en elementos formales, de modo que el lector tenga un panorama general. En estos cuentos se reflejan los tres aspectos que Bruno Rosario Candelier explicó al disertar sobre la narrativa de Juan Bosch: su enfoque cósmico, que despierta “una sintonía con el Universo y con criaturas y elementos naturales”; su enfoque telúrico, “mediante el cual siente la fuerza de la tierra, su historia, su gente con una singular simpatía por lo popular, la realidad social, los intereses de lo humildes” y, por supuesto, el aliento estético, todos claros en sus diálogos, sus descripciones y sus personajes.

“En un bohío”, “La pulpería”, “Dos pesos de agua”, “San Andrés”, “La negación”, “La desgracia”, “El funeral”, “Un niño”, “La nochebuena de Encarnación Mendoza”, “Guaraguaos”, “Todo un hombre” y “El abuelo” son los doce cuentos con que esperamos motivarlos a realizar lecturas razonadas, provocadoras de comentarios y posiciones críticas, algo afín con los propósitos de Bosch. Como una ñapa, incluimos el famoso cuento “La mujer”, para invitar a los alumnos a desarrollar su propio análisis.

Para apoyarlos en este cometido, cada cuento va acompañado de un breve estudio que confiamos ustedes enriquezcan con sus opiniones e inquietudes. El propósito es motivarlos a sumergirse en el análisis y la comprensión de estas bellas y fascinantes historias.

## EN UN BOHÍO

**L**a mujer no se atrevía a pensar. Cuando creía oír pisadas de bestias se lanzaba a la puerta, con los ojos ansiosos; después volvía al cuarto y se quedaba allí un rato largo, sumida en una especie de letargo.

El bohío era una miseria. Ya estaba negro de tan viejo, y adentro se vivía entre tierra y hollín. Se volvería inhabitable desde que empezaran las lluvias; ella lo sabía, y sabía también que no podía dejarlo, porque fuera de esa choza no tenía una yagua donde ampararse.

Otra vez rumor de voces. Corrió a la puerta, temerosa de que nadie pasara. Esperó un rato; esperó más, un poco más: ¡nada! Sólo el camino amarillo y pedregoso. Era el viento, ahí enfrente; el condenado viento de la loma, que hacía gemir los pinos de la subida y los pomares de abajo; o tal vez el río, que corría en el fondo del precipicio, detrás del bohío.

Uno de los enfermitos llamó, y ella entró a verlo, deshecha, con ganas de llorar, pero sin lágrimas para hacerlo.

—Mama, ¿no era taita? ¿No era taita, mama?

Ella no se atrevía a contestar. Tocaba la frente del niño y la sentía arder.

—¿No era taita, mama?

—No —negó—. Tu taita viene después.

El niño cerró los ojos y se puso de lado. Aún en la oscuridad del aposento se le veía la piel lívida.

—Yo lo vide, mama. Taba ahí y me trujo un pantalón nuevo.

La mujer no podía seguir oyendo. Iba a derrumbarse, como los troncos viejos que se pudren por dentro y caen un día, de golpe. Era el delirio de la fiebre lo que hacía hablar así a su hijo, y ella no tenía con qué comprarle una medicina.

El niño pareció dormitar y la madre se levantó para ver al otro. Lo halló tranquilo. Era huesos nada más y silbaba al respirar, pero no se movía ni se quejaba; sólo la miraba con sus grandes ojos serenos. Desde que nació había sido callado.

El cuartucho hedía a tela podrida. La madre —flaca, con las sienas hundidas, un paño sucio en la cabeza y un viejo traje de listado— no podía apreciar ese olor, porque se hallaba acostumbrada, pero algo le decía que sus hijos no podrían curarse en tal lugar. Pensaba que cuando su marido volviera, si era que algún día salía de la cárcel, hallaría sólo cruces sembradas frente a los horcones del bohío, y de éste, ni tablas ni techo. Sin comprender por qué, se ponía en el lugar de Teo, y sufría.

Le dolía imaginar que Teo llegara y nadie saliera a recibirlo. Cuando él estuvo en el bohío por última vez —justamente dos días antes de entregarse— todavía el pequeño conuco se veía limpio, y el maíz, los frijoles y el tabaco se agitaban a la brisa de la loma. Pero Teo se entregó, porque le dijeron que podía probar la propia

defensa y que no duraría en la cárcel; ella no pudo seguir trabajando porque enfermó, y los muchachos —la hembrita y los dos niños—, tan pequeños, no pudieron mantener limpio el conuco ni ir al monte para tumar los palos que se necesitaban para arreglar los lienzos de palizada que se pudrían. Después llegó el temporal, aquel condenado temporal, y el agua estuvo cayendo, cayendo, cayendo día y noche, sin sosiego alguno, una semana, dos, tres, hasta que los torrentes dejaron sólo piedras y barro en el camino y se llevaron pedazos enteros de la palizada y llenaron el conuco de guijarros y el piso de tierra del bohío crió lamas y las yaguas empezaron a pudrirse.

Pero mejor era no recordar esas cosas. Ahora esperaba. Había mandado a la hembrita a Naranjal, allá abajo, a una hora de camino; la había mandado con media docena de huevos que pudo recoger en nidales del monte para que los cambiara por arroz y sal. La niña había salido temprano y no volvía. Y la madre ojeaba el camino, llena de ansiedad.

Sintió pisadas. Esta vez no se engañaba: alguien, montando caballo, se acercaba. Salió al alero del bohío con los músculos del cuello tensos y los ojos duros. Miró hacia la subida. Sentía que le faltaba el aire, lo que le obligaba a distender las ventanas de la nariz. De pronto vio un sombrero de cana que ascendía y coligió que un hombre subía la loma. Su primer impulso fue el de entrar; pero algo la sostuvo allí, como clavada. Debajo del sombrero apareció un rostro difuso, después los hombros, el pecho y finalmente el caballo. La mujer vio al hombre acercarse y todavía no pensaba en nada. Cuando el hombre estuvo a pocos pasos, ella le miró los

ojos y sintió, más que comprendió, que aquel desconocido estaba deseando algo.

Había una serie de imágenes vagas pero amargas en la cabeza de la mujer: su hija, los huevos, los niños enfermos, Teo. Todo eso se borró de golpe a la voz del hombre.

—Saludo —había dicho él.

Sin saber cómo lo hacía, ella extendió la mano y suplicó:

—Déme algo, algoito.

El hombre la midió con los ojos, sin bajar del caballo. Era una mujer flaca y sucia, que tenía mirada de loca, que sin duda estaba sola y que sin duda, también, deseaba a un hombre.

—Déme algoito —insistía ella.

Y de súbito en esa cabeza atormentada penetró la idea de que ese hombre volvía de La Vega, y si había ido a vender algo, tendría dinero. Tal vez llevaba comida, medicinas. Además comprendió que era un hombre y que la veía como a mujer.

—Bájese —dijo ella, muerta de vergüenza.

El hombre se tiró del caballo.

—Yo no más tengo medio peso —aventuró él.

Serena ya, dueña de sí, ella dijo:

—Ta bien; dentre.

El hombre perdió su recelo y pareció sentir una súbita alegría. Agarró la jáquima del caballo y se puso a amarrarla al pie del bohío. La mujer entró, y de pronto, ya vencido el peor momento, sintió que se moría, que no podía andar, que Teo llegaba, que los niños no estaban enfermos. Tenía ganas de llorar y de estar muerta.

El hombre entró preguntando:

—¿Aquí?

Ella cerró los ojos e indicó que hiciera silencio. Con una angustia que no le cabía en el alma, se acercó a la puerta del aposento; asomó la cabeza y vio a los niños dormitar. Entonces dio la cara al extraño y advirtió que hedía a sudor de caballo. El hombre vio que los ojos de la mujer brillaban duramente, como los de los muertos.

—Unjú, aquí —afirmó ella.

El hombre se le acercó, respirando sonoramente, y justamente en ese momento ella sintió sollozos afuera. Se volvió. Su mirada debía cortar como una navaja. Salió a toda prisa, hecha un haz de nervios. La niña estaba allí, arrimada al alero, llorando, con los ojos hinchados. Era pequeña, quemada, huesos y pellejos nada más.

—¿Qué te pasó, Minina? —preguntó la madre.

La niña sollozaba y no quería hablar. La madre perdió la paciencia.

—¡Diga pronto!

—En el río —dijo la pequeña—; pasando el río... Se mojó el papel y na má quedó esto.

En el puñito tenía todo el arroz que había logrado salvar. Seguía llorando, con la cabeza metida en el pecho, recostada contra las tablas del bohío.

La madre sintió que ya no podía más. Entró, y sus ojos no acertaban a fijarse en nada. Había olvidado por completo al hombre, y cuando lo vio tuvo que hacer un esfuerzo para darse cuenta de la situación.

—Vino la muchacha, mi muchacha... Váyase —dijo.

Se sentía muy cansada y se arrimó a la puerta. Con los ojos turbios vio al hombre pasarle por el lado, desamarrar la jáquima y subir el caballo; después lo siguió mientras él se alejaba. Ardía el sol sobre el caminante

JUAN BOSCH

y enfrente mugía la brisa. Ella pensaba: “Medio peso, medio peso perdío”.

—Mama —llamó el niño adentro—. ¿No era taita? ¿No tuvo aquí taita?

Pasándole la mano por la frente, que ardía como hierro al sol, ella se quedó respondiéndole:

—No, jijo. Tu taita viene después, más tarde.